



Sabia

Revista Científica



Universidad del Pacífico



APODERAMIENTO, DESCOLONIZACIÓN, Y DEMOCRACIA SUSTANTIVA: AFINANDO PRINCIPIOS ÉTICO-POLÍTICOS PARA LAS DIÁSPORAS AFROAMERICANAS

AGUSTÍN LAO-MONTES*

RESUMEN

Hoy, en los umbrales del siglo XXI, la cuestión étnica y el problema de la desigualdad y discriminación racial todavía se cuentan entre los retos principales para un proyecto de sociedad donde primen la equidad real y la democracia sustantiva. Esto se registra luego de las luchas de independencias que lograron la descolonización formal de África y el Caribe, posterior al movimiento de las décadas de 1960 y 1970 por los derechos civiles y el poder negro, cuyo eje fue en los Estados Unidos, pero que tuvo envergadura e influencia histórico-mundial; después de la conferencia mundial contra el racismo y otras formas de discriminación celebrada en Durban, Suráfrica, en el 2001, y tras celebrar el Año Internacional de los Afrodescendientes. ¿Cuál es el poder de la diáspora hoy en las Américas desde una óptica tanto histórica como global? Esto implica revisar nuestra memoria histórica colectiva y la definición misma de diáspora. Hay dos ángulos principales desde donde dirigir dicha mirada, que juntos dibujan dos historias entrelazadas, una de dominación y opresión, en relación con otra de apoderamiento y liberación.

Palabras clave: diáspora, descolonización, afrodescendientes, racismo, discriminación, América y África.

ABSTRACT

Today, at the threshold of the XXI century, the question of ethnicity and the problem of racial inequality and discrimination are still among the principal challenges for a Project of society where real equity and substantive democracy are a priority. This is registered after the struggles of Independence which achieved the decolonization of Africa and the Caribbean, after the movement of civil rights and black power of the decades of 1960 and 1970 whose focus was in the USA but which had worldwide importance and historical influence and after the world conference against racism and other forms of discrimination celebrated in Durban, South Africa, in 2001 and after celebrating the International Year of Afro-descendants. What is the power of the diaspora, today, in the Americas from both a historical and global perspective? This implies reviewing our collective historical memory and the very definition of diaspora. There are two

* El autor es PhD Associate Professor, Sociology Center for Latin American, Caribbean, and Latino Studies Afro-American Studies University of Massachusetts at Amherst 514 Thompson Hall
Amherst, MA 01002, tel. (413) 219-6043.

Este texto es un resumen de la conferencia dictada en Salvador de Bahía, Brasil, en el año 2011.

principal angles from where to direct this perspective, that together picture two interlaced histories, one of domination and oppression in relation with empowerment and liberation.

Key words: diaspora, decolonization, afro-descendants, racism, discrimination, America, Africa.

INTRODUCCIÓN

“El problema del siglo XX es el problema de la línea de color”, declaraba a principios del siglo pasado el eminente intelectual afroamericano WEB DuBois. Dicha celebrada máxima probó ser profética y reveladora tanto de la centralidad de la cuestión racial y del problema del racismo, en los dramas principales de la época, como de la importancia protagónica histórica de los pueblos y poblaciones africanas y afrodescendientes, en los desarrollos más importantes del mundo moderno; sobre todo, en las gestas por la libertad y la igualdad que son los valores orientadores de cualquier proyecto de justicia y democracia. Hoy, en los umbrales del siglo XXI, luego de las luchas de independencias que lograron la descolonización formal de África y el Caribe, posterior al movimiento de los años 1960-70 por los derechos civiles y el poder negro, cuyo eje fue en los Estados Unidos, pero que tuvo envergadura e influencia histórico-mundial; luego de la conferencia mundial en contra del racismo y otras formas de discriminación celebrada en Durban, Suráfrica, en el 2001, y después de celebrar el Año Internacional de los afrodescendientes, la cuestión étnica y el problema de la desigualdad y discriminación racial todavía se cuentan entre los retos principales para un proyecto de sociedad en el que primen la equidad real y la democracia sustantiva.

En este texto se intentará abordar una pregunta clave: ¿cuál es el poder de la diáspora hoy en las Américas desde una óptica tanto

histórica como global? Esto implica revisar nuestra memoria histórica colectiva y la definición misma de diáspora. Hay dos ángulos principales desde donde dirigir dicha mirada, que juntos dibujan dos historias entrelazadas, una de dominación y opresión, en relación con otra de apoderamiento y liberación. La palabra griega diáspora significa dispersión, lo que evoca una larga historia de desarraigo, destierro, desplazamientos forzados y sobreexplotación.

En este sentido, las historias que construyen y los hilos que atan a la Diáspora Africana como una población transnacional están directamente relacionados con la institución de la esclavitud y la permanencia, luego de la abolición de desigualdades, en la distribución de riqueza, exclusión social y política, y desvalorización cultural de los sujetos africanos y afrodiaspóricos. El duro drama del desplazamiento forzado que viven cotidianamente un porcentaje considerable de los afrocolombianos es signo de continuidad con un largo proceso de dispersión y destierro que comenzó con la trata esclavizadora y que continúa hasta hoy día, como resultado de una pluralidad de procesos (guerras, genocidios, crisis económicas y ecológicas) que crearon una condición estructural en el sistema-mundo moderno, que mantiene a África como un continente en perpetua pobreza a pesar de sus inmensas riquezas humanas y de recursos.

Del mismo modo, se mantiene a la mayoría de los afrodescendientes en una situación de desigualdad económica, discriminación racial y cultural, y de falta de poder político. Considero importante resaltar estas conexiones con África, que no son simplemente culturales, sino que más bien apuntan a la relación entre la inclusión subordinada del continente africano a los poderes imperiales occidentales, con el largo camino de sobreexplotación y desigualdad económica desde la esclavitud de plantación hasta hoy día. Esto es lo que llamamos racismo estruc-

tural, el cual también tiene sus dimensiones institucionales y cotidianas. Pero la Diáspora africana también se puede entender desde otro ángulo, o solo nos veríamos como víctimas y no, como creadores y hacedores de historia.

La Diáspora Africana es una de las fuentes mayores de creación cultural y de democratización de la sociedad, la economía, y la política en el planeta. En esta narrativa que ve la Diáspora Africana como una modernidad alterna a la eurocéntrica dominante, hay momentos claves como fueron la Revolución Haitiana de cambio de siglos XVIII al XIX, donde la acción de las y los afrodescendientes ocupó el escenario central de cambio a escala no solo local, sino también mundial. Las gestas libertarias de los cimarrones y de los esclavizados, en las plantaciones, encabezaron la revolución social más profunda de la época, ya que se opuso a la misma vez contra el colonialismo y la esclavitud, y a favor de la construcción de una nueva nación con ciudadanía plena para los afrodescendientes. Esto implicó una profundización del proyecto democrático de la Revolución Francesa, a la par con una visión y una práctica propia de libertad, acunada al fragor de las luchas por la emancipación. Esta suerte de localizar las luchas y las creaciones culturales de los afrodescendientes, en el centro de los escenarios tanto nacionales y regionales como mundiales, forma parte de las tareas principales de lo que llamamos la descolonización de nuestra memoria histórica desde un punto de vista afrodiaspórico.

Dicha descolonización requiere nada más y nada menos que revisar a fondo cómo vemos y entendemos los momentos críticos, quiénes son los actores principales y las historias que cuentan y se deben contar, y cuáles son las fuerzas que mueven el pasado y el presente y, por ende, cuáles son los horizontes posibles para el futuro. Dos hitos fundamentales para entender el significado

histórico-mundial de África y la Diáspora Africana, en el periodo posterior a la segunda guerra mundial, son los movimientos de liberación nacional entre los años de 1950 y 1960 en el continente africano y el Caribe, así como el movimiento por los derechos civiles y el poder negro de las décadas de los 60 y 70, cuyo eje de acción fue en los Estados Unidos. Los llamados movimientos por la liberación nacional de África y el Caribe le dieron fin al colonialismo político formal de los imperios europeos, y cultivaron ideales de independencia política y económica, junto con una búsqueda de la unidad y el orgullo cultural panafricano.

En este contexto se forjó un nuevo panafricanismo cuyas voces y propuestas más críticas y lúcidas aún siguen vigentes, como la tesis de Amílcar Cabral sobre la necesidad de fomentar una cultura de la liberación, la distinción que estableció Franz Fanon entre mera independencia nacional y verdadera liberación nacional, y el análisis de Nkuame Nkrumah sobre el peligro del neocolonialismo (económico, político y cultural) luego de la descolonización formal. En el terreno de lo cultural cabe destacar los encuentros entre África y Afroamérica como los realizados en Senegal en 1963 y en Argelia en 1975 que fueron parte de una suerte de reidentificación entre el continente africano y la diáspora, cuyos frutos todavía los vemos en la reciente resolución de los países africanos, declarando la diáspora como quinta región de la Unión Africana.

Pero sin dejar de reconocer la enorme importancia de las independencias formales de África y el Caribe, es también importante señalar que los problemas de hambrunas, genocidios y desigualdades que vive el continente africano hoy día son, en gran medida, resultado tanto de los legados coloniales como de elementos significativos de continuidad, en la dependencia económica estructural, en conjunto con la subordinación política a los poderes occidentales.

Para añadir insulto a la injuria, esta situación alimenta que el imaginario racial occidental todavía considere África como un continente atrasado y primitivo en relación con los ideales desarrollistas, que emergieron como criterios de modernidad desde finales de la década de 1940. Este patrón global de desigualdad económica, política y cultural tuvo inicio hace alrededor de 500 años y en la región del Caribe, luego de la independencia, se convirtió en subordinación relativa al poder imperial del Estado y al capital de los Estados Unidos, lo cual denominamos, junto con Aníbal Quijano, como colonialidad del poder. Debido a la tenaz permanencia de dicho patrón de poder, a pesar de todas las luchas y todos los logros de los movimientos africanos y afrodiaspóricos, hoy todavía buscamos realizar el proyecto inacabado de la descolonización.

Otro gran hito histórico para analizar y evaluar el poder de la Diáspora Afroamericana hoy día son los movimientos negros desarrollados entre los años 1960 y 1970. Se puede decir, con certeza, que la constelación de movimientos sociales en este periodo (feministas, ecológicos, indígenas, afroamericanos, estudiantiles, obreros) constituyó la mayor ola de cambio en la historia moderna, similar al *tsunami* actual de movilizaciones en el Medio Oriente, Europa, Estados Unidos, América Latina y el Caribe. El movimiento negro en Estados Unidos fue uno de los pilares de aquel momento, no sólo de protestas, sino también de propuestas vivas, de cuyos efectos todavía gozamos, por ejemplo, la democratización de las relaciones de género y el desmantelamiento de los regímenes de segregación racial, legalizado primero en el sur de los Estados Unidos y luego en Suráfrica.

Especialmente en la coyuntura mundial, entre finales de los 60 y principios de los 70, el movimiento negro de Estados Unidos elevó su liderazgo en la ola de cambio global

y llegó a tener un papel principal en abrir caminos hacia la equidad racial y la ciudadanía plena de los afrodescendientes en varios frentes, incluyendo reformas legales y legislativas como las leyes contra la discriminación, medidas de justicia reparativa y los programas de Acción Afirmativa.

También se abrieron surcos en el campo de la política electoral y esto junto al crecimiento de las capas medias de afrodescendientes, promovidas por las mejoras relativas en educación y empleo, tuvo como resultado un aumento significativo en la cantidad de legisladores, alcaldes y comisionados negros. La elección como presidente de Barack Obama no hubiera sido posible sin la apertura provocada por los movimientos negros de las décadas del 60 y 70. Pero el crecimiento de las capas medias y la clase política afroestadounidense fue acompañado por un aumento en la brecha con las clases trabajadoras y sectores socialmente marginalizados de la población negra.

Esta bifurcación de clase, al interior de la población afro, se profundizó con las políticas neoliberales, que desde el gobierno de Reagan insisten en disminuir el gasto social en áreas como vivienda y educación, y privatizar servicios básicos, en su ofensiva contra el Estado benefactor. Esto, a su vez, vino acompañado por una campaña neoconservadora contra las políticas de equidad racial incluyendo las acciones afirmativas y las leyes y medidas contra la discriminación. Dichas políticas son sustentadas por una ideología racial que declara el fin del racismo y la existencia de una sociedad inclusiva. Sin embargo, la persistencia de las desigualdades raciales, no solo en lo económico, sino también en lo político y en las experiencias de discriminación cotidiana, es un hecho patente del cual dan testimonio las mayorías tanto afrodescendientes como latinas, asiáticas e indígenas. A eso el sociólogo Bonilla-Silva lo llama racismo ciego del color.

Aquí un tema clave es la relación entre el Estado, la política electoral y los movimientos sociales afrodiaspóricos. Mi argumento es que, por un lado, es necesario tener representación en el Estado y participar en la arena electoral, a la vez que debemos mantener movimientos sociales con autonomía y poder propio para abrir espacios no-estatales de poder, vida cultural y desarrollo económico, mientras se continúa empujando al Estado a realizar políticas de equidad racial y justicia social.

Luego de la ola de cambio de las décadas del 60 y 70, hubo un descenso en el activismo político de los movimientos sociales negros en Estados Unidos. En contraste, desde finales de 1980 en América Latina hubo una emergencia notable de los movimientos sociales afros e indígenas. Caracterizamos esto como un giro hacia el sur, en el eje principal de los movimientos afroamericanos, que finalmente sacan de la invisibilidad a los 150 millones de afrolatinos que permanecían fuera, tanto de los mapas culturales y políticos de América Latina como de las representaciones anglonorteñas de la Diáspora Africana. Hay una larga historia de organización de las diásporas afrolatinoamericanas y cabe decir que en Cuba se conmemoró en el 2008 el centenario de la fundación del primer partido político explícitamente afro en las Américas, el Partido Independiente de Color.

Sin embargo, la efervescencia de movimientos sociales afroautónomos en espacios locales y regionales que culminaron con el tejido de redes nacionales y hemisféricas, con capacidad de convocatoria y de influir en los escenarios de poder, es un desarrollo que dio frutos a principios de los años 90.

Aquí no hay espacio para analizar los porqués, pero queremos destacar tres momentos claves, comenzando por la campaña, en 1992, contra la celebración de los 500 años del mal llamado descubrimiento de Améri-

ca; esta campaña facilitó la organización de comunidades tanto indígenas como de afrodescendientes. Ese mismo año se organizó la Red de Mujeres Afrolatinoamericanas y Caribeñas, expresión tanto del surgimiento de una nueva ola de feminismos en la región como de la agencia de las mujeres negras en levantar la cuestión racial en el ámbito feminista y más allá. El segundo fueron los cambios constitucionales de 1987 en Nicaragua y 1991 en Colombia, que declaran la nación pluriétnica y multicultural, y la Ley 70 de 1993 que reconoce derechos colectivos de propiedad de la tierra, con autogobierno de los consejos comunitarios, representación política y etnoeducación a la ciudadanía afrocolombiana. Estos cambios constituyeron una pieza legislativa sin precedentes y aun sin paralelos que influyó en el resto de la región. Lo otro es el proceso y agenda de Durban, donde se organizaron redes transnacionales como la Alianza Estratégica Afrodescendiente, constituidas en el proceso hacia la Conferencia Mundial contra el Racismo en Durban, Suráfrica, en el 2001; la conferencia de Durban en sí, y su impacto en las políticas de los gobiernos y los movimientos. América Latina ha probado ser la única región del mundo donde la mayoría de los gobiernos se declaran a favor de la agenda de Durban y su programa ha servido de plataforma a las luchas contra el racismo y por la equidad racial de los movimientos negros de la región.

El proceso de Durban abrió un periodo histórico para la justicia racial en América Latina. Un producto importante es la institución de oficinas y ramas estatales a favor de la equidad racial en una serie de países, cuyo ejemplo mayor es el Ministerio de Equidad Racial de Brasil que ha elevado el asunto a nivel de gabinete ejecutivo y que trabaja el tema racial como eje transversal con otros ministerios como los de educación, salud y cultura. Como resultado de la acción de los movimientos tenemos una serie de logros, incluyendo haber elegido legisladores

afros en varios países y la organización de un Parlamento Negro en las Américas que debemos revivir. Otro ejemplo significativo es el Observatorio contra la Discriminación Racial de la Universidad de los Andes y el Proceso de Comunidades Negras en Colombia que combina legislación y litigio legal con investigación y educación pública para combatir el racismo. Pero nuestros logros no nos deben cegar e impedir ver, analizar y combatir los graves problemas y grandes retos que aún confrontamos.

No olvidemos que el Banco Mundial aún muestra a las poblaciones afrolatinoamericanas con los más altos niveles de pobreza, a lo cual le podemos añadir los más altos niveles de encarcelamiento y las tasas menores de educación superior. Este racismo estructural, revelado por la tenacidad de la desigualdad socio-económica, también se expresa en una experiencia cotidiana de violencia causada tanto por el deterioro del tejido social en los barrios urbanos, como por la pérdida de tierras de los campesinos y sobreexplotación de los trabajadores rurales, lo cual es exacerbado por las políticas neoliberales que promueven proyectos de megadesarrollo y tratados de libre comercio. Si a esto se suman las muertes y desplazamientos forzados en situaciones de conflicto armado, se completa el cuadro de una condición de rediasporización en el sentido de destierro y dispersión violenta.

Postulamos cuatro logros claves en la cultura política y en las políticas raciales de los Estados de la región. Lo primero es el reconocimiento del racismo como un problema y por ende de la necesidad de elaborar políticas antirraciales, lo que en sí representa una especie de revolución cultural en una región donde históricamente se ha negado el racismo, atribuyéndolo solo a Estados Unidos y afirmando que existe una supuesta democracia racial en América Latina. El segundo punto, derivado del primero, es que

se han establecido oficinas y programas que explícitamente atienden las poblaciones afros y la cuestión racial en gran cantidad de los países de la región. Dichas gestiones gubernamentales son, en parte, resultados de los esfuerzos de los movimientos y comunidades afros, la mayoría de ellas no tiene casi poder ni presupuesto, y con la excepción del Ministerio de Equidad Racial en Brasil, no tienen mucho rango institucional.

El tercer logro es la representación política y aquí un hecho importante es que, con sus altas y bajas, y con más valor simbólico que legislativo, existe un Parlamento Negro de las Américas, que en realidad es de América Latina, y que su existencia misma testifica que se eleva el número de políticos electos y oficiales de alto nivel que se identifican como afrodescendientes y a favor de políticas étnico-raciales. El cuarto aspecto, que revela claramente el nexo entre los movimientos y los Estados, es lo que caracterizamos como un cambio en la cultura política hacia un reconocimiento mayor de las historias, culturas e identidades afros, tanto en sus dimensiones propias como en sus contribuciones en cada país y a la región en su conjunto.

Aún estamos por evaluar precisamente hasta qué punto estas cuatro áreas de cambio han afectado las condiciones de vida de la gente afro, pero lo que sí está claro es la situación de discriminación racial, desvalorización cultural, seria desigualdad social y falta de poder político de las masas afrodescendientes de la región que aún aparecen con los mayores índices de desigualdad en los indicadores oficiales. Cualquier análisis y debate de la permanencia de dichas condiciones debe indagar en las causas de fondo, lo que implica investigar tanto los determinantes sistémicos y estructurales como los límites y posibilidades de las políticas gubernamentales en el contexto del capitalismo global neoliberal y su crisis.

El hecho mismo de que las Naciones Unidas proclamaran el 2011 como Año Internacional de los Afrodescendientes fue un producto de la agenda de Durban y resultado de la acción de los afrolatinoamericanos, como un primer paso hacia el decenio y luego el Foro Permanente en la ONU. Tocando ese tambor en clave afrodescendiente, el 2011 ha sido una ocasión inestimable para profundizar fundamentalmente las políticas antirracistas y ampliar la lucha por la equidad racial, tanto en las culturas de la nueva ola de movimientos antisistémicos como en los proyectos de gobierno de corte progresista en América Latina y el Caribe.

Destacamos la secuencia de dos conferencias a propósito del Año Internacional de los Afrodescendientes en el mes de junio, primero en Cuba y, luego, en Venezuela, donde discutimos, tanto los retos dados por la continuidad del racismo en procesos de construcción de socialismo como la importancia de las políticas de equidad racial para la realización de un proyecto global de descolonización y liberación. En ambas hubo una interlocución productiva de activistas, intelectuales y dirigentes gubernamentales, y un diálogo crítico donde se indagó sobre las formas de racismo y las políticas para combatirlo, y de la necesidad de promover la equidad racial como pilares de las políticas y proyectos de descolonialidad y liberación. En esta coyuntura de crisis en la región y en el mundo se hizo claro que el debate en Cuba está vivo y que, como planteó Fernando Martínez Heredia en su intervención inaugural, “la profundización del socialismo en Cuba es necesariamente antirracista”. En Venezuela tejimos una red de movimientos negros en América Latina que denominamos Articulación Regional Afrodescendiente, aprobamos una declaración que aboga por un Fondo y Junta Consultiva Afrodescendiente dentro del ALBA y en el Consejo de Estados de América Latina y el Caribe (CELAC), para priorizar la solidaridad con Haití y con el continente africano,

en el espíritu general de resaltar la política antirracista y por la equidad racial en las nuevas agendas de emancipación e integración regional.

En este sentido, entendemos la integración como un quehacer de articular la diáspora, de reunir sus múltiples fragmentos a partir y en aras de un proyecto de descolonización, en el sentido amplio de descolonizar la memoria, el imaginario, la educación, la economía y la cultura; ello significa reinventar la nación y redefinir el Estado, es decir, para la construcción de una democracia sustantiva y una sociedad equitativa. Estos son los principios ético-políticos que sugiero y que son fruto de un largo proceso de agencia histórica y apoderamiento de las personas y los movimientos de África y su diáspora.

En vista tanto de los logros como de las limitaciones, concluiré enumerando lo que entiendo son seis de los retos y contradicciones mayores de hoy día, seguidos por cinco de las áreas y propuestas principales de trabajo para la agenda Afrodescendiente que hemos de definir colectivamente. Presento estos con una visión crítica, en el buen sentido de ver contradicciones, limitaciones, y posibilidades; y de identificar tanto obstáculos como vías de transformación. Los cinco retos son los siguientes:

1. En vista de la crisis múltiple de la civilización occidental capitalista (alimentaria, económica, ecológica, política, cultural, ética, epistémica) que efectivamente ha dado un golpe de gracia al modelo neoliberal de globalización, con las implicaciones en términos de desempleo masivo, presiones fiscales a los Estados, acompañados por disminución del salario social y aumentos en las desigualdades sociales surge, en este momento crítico de transición en el orden global, el cuestionamiento sobre cuáles son los proyectos de cambio histórico y los paradigmas de desarrollo que hemos de diseñar y realizar.

2. La cuestión de los paradigmas de desarrollo también se relaciona con los proyectos de vida o “buen vivir”, que en lenguaje surafricano denominamos “Ubuntu” y en aymara “Suma Kawsa”. En vista de una crisis ecológica ejemplificada en el calentamiento global que pone en peligro la estabilidad del planeta, y de la crisis agrícola que apunta hacia el aumento del hambre, aparecen dos temas claves: las economías étnicas y populares de armonía ecológica y la soberanía alimentaria, ambos pilares del etno-desarrollo afrodescendiente e indígena. En este ámbito la pregunta es ¿cuál es nuestra política ecológica? Esto está directamente relacionado con la pérdida creciente y violenta de nuestros territorios ancestrales que amenaza el tejido de vida de muchas de nuestras comunidades.

3. El tercer reto concurre en relación con la escalada de un entramado de formas de violencia (doméstica, social, política, militar), a todo nivel, desde los barrios urbanos de nuestra Afroamérica hasta guerras y genocidios masivos como en Darfur y Rwanda, que también constituyen el racismo estructural que afecta a las personas que DuBois llamó “las razas oscuras del mundo” y que Fanon denominó como “los condenados de la tierra”, los cuales son los que sufren más sus consecuencias.

4. Todo esto se relaciona con la persistencia del racismo en sus tres dimensiones: estructural, institucional y cotidiano, a la vez que prima la ideología de su negación (el llamado racismo ciego al color), y por eso la necesidad de visibilizar (por eso asumimos la necesidad de visibilizarlo en los censos, como terreno de lucha política) y combatir las reconfiguración del racismo en la era del neoliberalismo y sus crisis.

5. Dichas reconfiguraciones han implicado una relación estrecha entre racismo y xenofobia, donde los nuevos racismos se ejecutan cada vez más contra los migrantes en el

contexto de la emergencia de nuevas diásporas del continente africano a varios lugares de las Américas como Estados Unidos y Argentina, y de migraciones regionales de afrodescendientes a través de América Latina como afrocolombianos en Chile. Estos procesos de rediasporización requieren políticas antirracistas de derechos de migrantes.

6. Esto, a su vez, apunta a una contradicción importante en el poder y la fuerza de la diáspora; tenemos mayor representación política en los Estados y mayor reconocimiento relativo de nuestra identidad y cultura, a la vez que se profundizan la marginalidad económica, el desplazamiento y la violencia en la experiencia de vida de las mayorías afrodescendientes. ¿Cómo combinar reconocimiento cultural con empoderamiento político y bienestar económico? ¿Cómo combinar políticas sociales a corto plazo (en áreas básicas como salud, educación y empleo) con políticas de transformación histórica y justicia social de carácter profundo y permanente?

Ahora quiero señalar seis principios y áreas de trabajo para nuestra agenda colectiva:

1. El primer principio es que hay una relación fundamental entre la equidad racial y la democracia sustantiva. En contraste con la democracia en el sentido meramente formal (es decir, solo como una cuestión de discurso y procedimiento), la democracia sustantiva implica identificar las desigualdades sociales y sus raíces, elaborar políticas públicas a favor de la equidad y facilitar el proceso de apoderamiento de los sujetos y sectores subalternizados y excluidos. Esto supone una correspondencia entre la democracia económica, cultural, racial, sexual y política; y, en políticas públicas implica una coordinación entre las políticas económicas, culturales, raciales y educativas.

2. Esto me lleva al segundo punto que surge en relación con el área de las políti-

cas culturales. Es interesante observar que hasta hace poco tuvimos tres ministros de cultura afrodescendientes en la América Latina (Paula Moreno en Colombia, Gilberto Gil en Brasil, y Antonio Preciado en Ecuador) y ahora tenemos a Susana Baca en el Perú. Los más escépticos dirían que son ministerios menores sin mucho poder y presupuesto. Pero asumir la cultura como recurso (en uso de la expresión de George Yudice) para el desarrollo económico, para la redefinición del espacio nacional como un escenario intercultural, para la democratización de la ciudadanía misma y de todas las instituciones en aras de una verdadera democracia intercultural, en la que la identidad esté basada en la diferencia, es un pilar fundamental de cualquier horizonte de justicia social y democracia sustantiva. Aquí una tarea prioritaria es dilucidar y negociar la relación entre las políticas culturales de las comunidades y movimientos sociales con las de los Estados.

3. La tercera área es la educación propiamente dicha. Aquí un reto mayor es la defensa de la educación pública contra los impulsos de privatización que son pilares del paradigma neoliberal, lo que ha sido y sigue siendo un pilar de la educación como campo de contiendas políticas. Esto sirve de entorno a la política educativa en su conjunto y particularmente a los Estudios Afrodiaspóricos en sus dos variantes generales: por un lado la educación propia de las comunidades sostenida por un vibrante movimiento social de etnoeducadores afrodescendientes y sus aliados y, por otro lado, por esfuerzos de transformar el sistema educativo desde la primaria hasta la educación superior para concebir e implementar reformas educativas que combatan el racismo, a la vez que transformen los currículos y las pedagogías reconociendo los valores y las contribuciones pasadas y presentes de África y su Diáspora, en una suerte de descolonización de la memoria, la identidad y la educación. En

cuanto a la educación superior esto implica una reforma educativa profunda que además de las acciones afirmativas para abrir las instituciones universitarias para incluir y retener estudiantes, docentes e investigadores afrodescendientes, se elaboren políticas educativas para transformar los currículos de tal modo que se incluyan las memorias, historias y expresiones culturales afros; no solo a través de programas de Estudios Negros, Afrodiaspóricos y Africanos, sino también transformando las perspectivas epistémicas y pedagógicas eurocéntricas y occidentalistas y las prácticas racistas a través de todos los tejidos institucionales.

4. La cuarta área que propongo para la discusión se relaciona con los paradigmas de desarrollo, tema que ya mencioné pero en el que quiero recalcar que hay cosmovisiones y prácticas de desarrollo en nuestras comunidades que han sido conceptualizadas y convertidas en paradigmas explícitos de etnodesarrollo autosostenible, ecológicamente armónico, y basado en nuestras formas de convivencia, redistribución y autogobierno. En este momento de crisis, se abren posibilidades de cambio que realzan la importancia y viabilidad de dichas prácticas y propuestas de desarrollo.

5. El quinto punto es la necesidad de combinar políticas universales como el derecho a un salario justo y a la educación pública con políticas étnico-raciales como las Aforreparaciones y Acciones Afirmativas. Existe un falso debate entre las políticas de igualdad universal y las políticas de reconocimiento de la diferencia étnico-racial y cultural. Pero, por un lado, la equidad étnico-racial requiere políticas sociales y económicas a favor de la distribución de bienes y recursos y, por otro lado, la realización de los ideales democráticos de igualdad y ciudadanía plena requieren el reconocimiento, la valorización y el apoderamiento de las diferencias excluidas.

6. La sexta área es el frente legal y político. Es fundamental reflexionar sobre los avances y limitaciones de los cambios legislativos. ¿Cómo efectuar la democracia intercultural que se declara constitucionalmente en muchos países? ¿Cómo realizar y extender el programa de Durban contra el racismo? ¿Cómo defender los logros, realizar el potencial y extender la cobertura en políticas y legislaciones contra el racismo y a favor de la equidad racial en vista de la continuidad en la opresión racial y la rediasporización? Sugiero que todo esto supone una estrategia multifacética de apoderamiento colectivo en el que, por un lado, se promuevan los niveles de organización y autonomía de los movimientos negros y las comunidades afrodescendientes y, por otro lado, aumenten las influencias y las formas de representación en los Estados. Es decir, un camino de la visibilidad al apoderamiento y de la representación al poder colectivo. Eso requiere combinar una pluralidad de ámbitos de acción política desde lo transnacional, en los que nos une abogar por la declaración de Decenio y el Foro Permanente para los Afrodescendientes en la Organización de Naciones Unidas, hasta escenarios en diferentes regiones y países, incluidas las arenas locales.

La mayor fuerza de la Diáspora radica en el empoderamiento, es decir, en asumir el poder propio y construir nuevas formas de poder colectivo. A la luz de las luchas pasadas y presentes de los pueblos afrodescendientes, necesitamos formular respuestas claras a preguntas claves: ¿cuál ha de ser el papel de los afrodescendientes y sus reclamos en la nueva política de descolonización y liberación? Nuestras reivindicaciones se inscriben dentro de proyectos a favor de la democratización de la democracia, en una serie de esferas de justicia (social, económica, política, cultural, cognitiva, sexual y de género).

¿Cómo combinar los logros obtenidos en la emergencia de una esfera de política racial afrodescendiente y los espacios que hemos abierto, tanto estatal como en organizaciones transnacionales, con estrategias de organización de base y reclamos que informen reformas radicales que muevan la agenda colectiva en aras de una sociedad más justa y equitativa desde niveles locales hasta globales?

Estos interrogantes se relacionan con la cuestión de la capacidad de los movimientos afroamericanos de proponer y construir respuestas reales a la crisis profunda y polivalente (económica, ecológica, epistémica, ética, política, cultural; en fin, civilizacional) que confronta el mundo. ¿Cómo cultivar horizontes de futuro y cómo construir espacios culturales y prácticas políticas que sean portadoras a la vez que desarrollen creativamente la tradición libertaria de la política afrodescendiente?

Estos retos son tanto para los movimientos como para los gobiernos. Para concluir, ofreciendo una respuesta general a esta pregunta, quiero reiterar el argumento de que una de las tareas principales para los movimientos afroamericanos es reinventar y reconstituir la tradición de larga duración de los movimientos negros, como abandonados de una radicalización de la democracia para continuar construyendo la Diáspora Africana, como una fuerza transformadora para futuros alternativos, como una fuente mayor de esperanza a favor de la vida y la felicidad para convertir todo el planeta en un gran Quilombo, Cumbe o Palenque de esperanza, justicia y libertad.

Ashe!¹

1. Se refiere a la fuerza primigenia de la cosmovisión yoruba.